



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 18 - N.º 178

SEP. - OCT. 1955

Juan Domingo Perón, árbitro de la vida pública argentina en el último decenio, ha caído derribado, según últimos informes, por el huracán de una nueva revolución militar. Hecho nada sorprendente para cuantos siguieron su trayectoria; y, por lo mismo, paradigma de fecundas y saludables enseñanzas.

Nadie podrá achacar a SIC que se suma mezquinamente a los que "hacen leño del árbol caído". Estaba Perón en el ápice de su popularidad, soberbio y petulante, cuando editorializamos sobre su descarriado derrotero. Nunca le prodigamos alabanzas personales. Tampoco creímos nunca en el cristianismo de la revolución social de Perón y Eva Duarte de Perón. No había calificativo de Movimiento Social Católico —que es en síntesis justicia y caridad— donde se halagaba demagógicamente a la masa obrera hablándole exclusivamente de sus derechos con olvido de sus deberes, y se sembraba el odio de clases, radicalmente opuesto al ideal cristiano del amor.

Nosotros entendemos por cristianismo la doctrina que lleva al sacrificio de sí mismo y de los propios intereses por amor al prójimo. Tenemos por santo a San Vicente de Paúl —fiel imitador de Cristo— porque se entrega como esclavo por libertar a un cautivo cristiano de los musulmanes de Argel. Pero siempre catalogaremos de ingenua locura colectiva la presunción de canonizar a juro a una dama, que fué un tiempo una artista de vida fácil, después simple querida de Perón, y que, al llegar a ser la esposa del Presidente, especuló las obras benéficas y sociales —arrasando de paso a las que le hicieron sombra— para cosechar los halagos de una fácil popularidad, mientras personalmente hacía de la riqueza —gastando en joyas y vestidos una millonada— un uso que la Iglesia condena en su severa doctrina sobre el destino de los bienes superfluos; ... una extraña santa, que ni siquiera recibió los Sacramentos a la hora de la muerte.

Por lo que respecta al propio Perón, que se repite católico, su vida moral privada es un contraste manifiesto con la doctrina, que sobre el amor, la mujer y la familia proclama la Iglesia Católica. Por eso hemos lamentado repetidamente en SIC la ofuscación con que ciertos católicos simpatizaban, de cerca y de lejos, con la persona y el movimiento peronista.

Pero si son verdad las noticias de última hora, el General Perón ha sido eliminado de la Primera Magistratura Argentina. Sería injusto no reconocer, en el momento de su desgracia, los aspectos positivos que hubo en su actuación administrativa.

Existían, sin duda, esos aspectos luminosos; porque no se conquista sin ellos el alma popular; y es indiscutible que Perón y su esposa conquistaron el alma de la masa trabajadora argentina. Creemos sinceramente que esos aspectos positivos fueron, sobre todo, su nacionalismo y su entrega a la solución del problema social. Son muchos los que anhelan en la América Latina una segunda guerra de emancipación colonial; esta vez, emancipación del coloniaje económico que ejerce sobre el Continente Sur el imperialismo norteamericano. La actitud gallarda de Perón en esta campaña emancipadora le ganó a él y a la República Argentina, durante los últimos lustros, extensas simpatías en toda la América Latina.

Tampoco se puede negar su consagración sincera a la solución del proble-

LECCIONES
PRACTICAS
DEL CASO
PERON

ma social. Cuantos aspiramos, con los Romanos Pontífices, a un reparto más equitativo de los bienes productivos y de la riqueza del mundo, vimos con simpatía el esfuerzo del justicialismo por elevar el nivel de vida de los "descamisados" de la República Argentina: una tierra maravillosamente dotada de riquezas agrícolas y pecuarias para hacer holgada y feliz la vida del triple número de habitantes de los que actualmente posee. Disentíamos en los métodos de obrar; encontrábamos defectuosa la tendencia monopolizadora del Gobierno en las actividades sindicales; y nos ofendía la terminología de sabor marxista con que se impregnaban las campañas del Presidente demagogo. Pero era indudable que tanto Perón como su esposa supieron cautivar el alma popular argentina porque se preocupaban por los oprimidos, por los explotados, por los desheredados de la fortuna.

Pero había exceso en la gallarda actitud emancipadora; y la audacia se convirtió frecuentemente en temeridad. Había exceso en el afán de favorecer y halagar al pueblo creando en la conciencia de los trabajadores no solamente un espíritu de hostilidad y odio a las clases privilegiadas; sino también hábitos de descortesía, de "manguereo" y una actitud de verdadera dictadura del proletariado, no menos injusta que la precedente dictadura del capitalismo. Se avanzaba a marchas forzadas al Estado socialista. Se eliminaba, violando derechos elementales, los partidos y los órganos de oposición.

En los últimos años, y coincidiendo con la muerte de su esposa, se acentuaron estos defectos y se manifestaron tres influjos nefastos para cualquier Gobierno: el judaísmo; la masonería; y el comunismo.

Sobre el influjo creciente del judaísmo en Buenos Aires y en toda la República Argentina hemos hablado repetidas veces en la sección comentarios de nuestra revista; concretamente en el número correspondiente al pasado mes de Abril.

Sobre la masonería se habló con ocasión de los desdichados ataques del último año contra la Iglesia Católica y contra su influjo en la masa obrera, en las escuelas y en la moral pública.

Sobre la infiltración marxista en las filas sindicales del Movimiento Peronista hemos venido hablando desde que hace diez años visitamos la República Argentina y vimos asentados en el Ministerio de Previsión social a viejos colaboradores de Primo de Rivera en el funesto Ministerio de Trabajo de los últimos años de su dictadura.

Y tocamos sin duda uno de los puntos más interesantes de las enseñanzas del caso Perón. La actitud de los comunistas fué idéntica en los casos Mussolini, Primo de Rivera y Perón: Se trata de la política, de infiltración en dos actividades cardinales del Estado: la Educación y el Trabajo. El comunismo, que profesa la doctrina totalitarista de que el fin justifica los medios, de que todas las medidas son justas si se enderezan para el triunfo de la revolución social, se infiltra con descarada hipocresía en los organismos oficiales de las dictaduras. Es ejemplo aleccionador el de Italia, donde el Fascismo creía haber aplastado al movimiento comunista. Al derrumbarse Mussolini, en el caos de los días posteriores de la última guerra mundial, el partido Comunista surgió súbitamente con sus cuadros maravillosamente organizados. Profesores, líderes obreros, periodistas, afiliados al Comunismo, y que habían contado con la total confianza del movimiento Fascista, pudieron montar de la noche a la mañana el partido Comunista más poderoso de toda Europa.

Otro tanto había sucedido en España a la caída del General Primo de Rivera. El dictador creía también sinceramente haber aplastado el Comunismo. Sin embargo, en los Ministerios de Educación y de Trabajo estaban escondidas las víboras marxistas, que al día siguiente de su caída lanzaban a la calle los poderosos partidos Socialista, Comunista y Anarquista.

Es evidente que en la Unión General de Trabajadores Argentinos, en el Ministerio del Interior y en el Ministerio de Educación Nacional se habían agazapado los líderes comunistas. Ultimamente, mientras se perseguía y se temía cualquier infiltración Social Católica en las filas del obrerismo argentino, se coqueteaba manifiestamente con Rusia y el Comunismo Internacional.

Cayó Perón, el excomulgado, porque con Dios no se juega.

El caso Perón es fecundo en enseñanzas.

Venezuela puede aprender en él sabias cautelas al descubrir el camino de la serpiente y el zig-zag de los errores especiosos pero fatales y decisivos.

M. A. E.